

Aun cuando no se nos pasan por alto ciertas durezas rítmicas, el tono general del libro es adecuado a la naturaleza prosódica que es inherente al romance. El oído, en tratándose de esta peculiar medida métrica, se nos ha acostumbrado a estaciones acentuales con cierto rigorismo musical que la lectura del libro de «Recabarren» rompe con desenfado, liberándonos del adocenamiento y monotonía que suelen petrificar el verso y a su lector.

Creemos que Antonia de Undurraga ha salido airoso de la empresa, que se afina en un acendrado amor por lo chileno. El poeta ha ganado un lauro más en su arribo de perseverante creador y nuestro pueblo, un valioso documento que canta a uno de los suyos.—ALTENOR GUERRERO.



ALMA Y CUERPO DE CHILE, por *Luis Durand*. Editorial Nascimento, Santiago, 1947

Con «Alma y Cuerpo de Chile», Luis Durand nos entrega once libros.

Ninguno de nuestros escritores ha logrado, como Durand, pintar con mayor belleza y ternura el cuerpo y el alma de Chile. Dueño de una delicada sensibilidad, ha conseguido pintar nuestro paisaje con pinceladas maestras. Los personajes de sus cuentos y novelas son chilenísimos.

Luis Durand es el escritor del sur de Chile. Los personajes de sus cuentos y de sus novelas, viven desde Chillán al sur, y el escritor que ha nacido y vivido en esa hermosísima región, regala a sus lectores la más exacta y hermosa descripción del panorama fronterizo chileno.

En verdad, como el mismo Durand lo reconoce, hasta ahora no se ha logrado la obra literaria de creación que comprenda la pintura y descripción de la totalidad del paisaje chileno. Nuestra larga y angosta faja de tierra, comprende todos los tipos de pa-

noramas que la tierra ofrece al ojo del hombre. Va desde las áridas tierras del norte, calcinadas por el sol impenitente de la pampa, hasta el paisaje de septentrional, de las tierras magallánicas. En el centro de estos polos, hay una extensa faja de territorio con zonas bien definidas por sus características ambientales. Para lograr una novela en que aparezcan todas estas gamas de ambiente, sería necesario que el héroe fuera un viajero que va derramando su vida y emociones a través de esta lonja de 4.200 kilómetros, sobre la que Chile ejerce su soberanía. Esto no es imposible, si se tiene presente que el chileno posee un alma inquieta y viajera.

También podría echarse mano del recurso empleado con tanto éxito por Selma Lagerlof, la maestra y escritora sueca, que echó a viajar al hijo predilecto de su imaginación, Nils Holgerson, a la grupa de un pato blanco que se incorpora en una bandada emigratoria, para que recorra los campos de Suecia y pueda contar sus aventuras a los niños de su patria.

La ciudad, por lo general, no ha sabido estimular lo suficiente el cultivo del criollismo en nuestra literatura.

Nuestros críticos aprecian más los tipos universales, que se mueven en ambientes internacionales, o de indeterminada nacionalidad, a los que se desarrollan en nuestro medio típico.

La ciudad por lo general, no da personalidad a la vida. En Santiago se ama, se odia, se sufre, se goza, se anhela, se ríe y se llora, como en Buenos Aires, Montevideo o Bruselas.

Un célebre urbanista dijo en Estados Unidos que en el mundo había sólo tres ciudades con personalidad, típicas características, en una palabra, «modelos» dándole a este vocablo la acepción que le dan las modistas y estas eran Nueva York, La Habana y Valparaíso. Todas las demás ciudades, dentro de su categoría, son más o menos iguales. El héroe de una novela de ciudad se mueve en un ambiente universal: edificios, plazas, calles, avenidas, teatros y museos. Es por eso que una novela bonaerense, por ejemplo, puede trasladarse a Lima, a Montevi-

deo o a Bruselas. No llevan estas novelas «cartas de ciudadanía»; son cosas como el esperanto, para uso de todos los habitantes del globo.

Lo criollo es distinto. Es el producto de una región que sale al mundo a contar las cosas de la región. En Chile—el «primer rincón del mundo», como le llama Neruda—hay muchas cosas de que hablar; nuestros huasos, nuestros campesinos, nuestro paisaje, nuestra tradición y nuestro dialecto rural, son nuestros, «endémicos», de Chile, con sus características que lo distinguen de todos los demás.

Se observa que nuestro criollismo no es ni puede ser una veta rica para explotarla en las obras de imaginación. Afirman los críticos literarios, que sostienen esta tesis, que nuestros huasos y nuestros campesinos, son seres primitivos, de psicología simple y, en consecuencia, elementos pobres, cuyas vidas no logran interesar al hombre contemporáneo, anheloso de honduras, de verdades, de complejos y soluciones de problemas y de misterios.

Creemos que esta observación carece de valor. El hombre de hoy y de siempre asiste estupefacto al espectáculo soberbio de la creación. Cada hombre mira el universo a través de su ventana, y le agrada y le interesa poderlo observar desde ventanas ajenas. El cuerpo y la novela permiten al lector ver los fenómenos de la vida y del universo a través de los ojos de los personajes que el artista crea. No importa que estos personajes miren el mundo a través de un estrecho orificio, o de amplios y grandes ventanales. Lo que interesa es poderse asomar a mirar la vida desde otros miraderos distintos al nuestro.

Por otra parte, si en verdad nuestros campesinos no poseen la enmarañada psicología del hombre cosmopolita, no es menos cierto, que son seres inteligentes, agudos, ingeniosos, gracejos, ladinos, generosos, valientes y llenos de mil otras condiciones positivas, que no siempre poseen los hombres que pretenden de civilizados. Además la cultura, las informaciones, son lentas.

que por lo general, aumentan la visión de las cosas; pero esto mismo de aumentar la visión, significa en el fondo, una deformación de la realidad. No tomamos en cuenta los casos, demasiado frecuentes, en que las informaciones—no decimos cultura—sólo sirven para desnaturalizar la condición humana.

Los rústicos tienen una visión directa del mundo. No hay lentes ni cóncavos ni convexos, ni cristalinos, ni de colores, ante sus ojos. Lo que ellos nos cuentan del mundo es «una primera copia»; de su visión del universo, y esto interesa al hombre civilizado muchísimo más de lo que pudiera contar cualquier necio desnaturalizado por las lecturas. ¡Ay! si pudiéramos saber lo que saben del mundo los pájaros!...

Por último, nuestro criollismo dispone de nuestro paisaje, que sin vanos chauvinismos, es el más bello y variado del mundo. Un poeta suizo, con el que tuve la suerte de viajar a Argentina por Peulla, me decía: «me habían dicho que esta región la llamaban «la Suiza chilena». Este paisaje tiene mucho de Suiza; pero hay mucho de japonés y sobre todo mucho de chileno. Es esta la región más hermosa que he visto en mi vida».

Pintar estos paisajes, hacer hablar a nuestros huasos, usar nuestro lenguaje rural, mostrar nuestras escenas campesinas, describir nuestras comidas típicas, dar a conocer las leyendas que se conservan de padres a hijos en la memoria prodigiosa de nuestro pueblo, es hacer obra de arte, obra cívica, labor de chilenidad, digna del aplauso y del reconocimiento de todos los chilenos.

No sostenemos que la otra literatura no tiene valor. Muy lejos de eso. Tiene el valor que posee toda obra de arte como aporte al patrimonio espiritual humano. Pero, la obra criolla lleva el sello de la nacionalidad, es como una escampavía que sale por el mundo a pasear y a lucir la bandera de Chile.

Cualquiera podría creer que el criollismo era sólo propio de la obra literaria de imaginación (cuento, novela, etc.), y que al cultivar el Ensayo no habría posibilidad de hacer criollismo.

Luis Durand, que de cuentista ha devenido a la novela y que desde hace algún tiempo excursiona por el Ensayo («Presencia de Chile»), no abandona su amor al criollismo al emprenderla con este difícil género literario.

En «Alma y Cuerpo de Chile» no sólo habla de cosas del cuerpo y del alma de Chile, sino que hay allí lenguaje chileno, personaje chileno, ambiente chileno, tradición chilena, historia chilena, etc.

Durand es un enamorado de Chile, ama su tierra natal como nadie. Es como esos hijos únicos mimados, poseídos del complejo de Edipo, que tiene por su madre un amor insuperable e irresistible.

La patria debe recompensar esta idolatría que Luis Durand siente por ella. Estimamos, y con nosotros muchos, que este escritor, por excelencia chileno, se tiene ganado de sobra, con sus once libros chilenos, el Premio Nacional de Literatura.

Que lo escuchen los hombres que el país designa para discernir esta extraordinaria recompensa.—JULIO SALCEDO.